

## XVII

Un landó tirado por cuatro magníficos caballos percherones, dirigidos á la Daumont por postillones con librea azul y oro, hacía su ruidosa entrada en el hotel, parándose delante de la escalinata. Al momento pasa mi padre corriendo por delante de mí, y se dirige, con la cabeza descubierta, al encuentro de los viajeros. Desde su observatorio había oído sin duda los chasquidos del látigo cuando estaba aún el landó en la carretera y se había preparado para hacerle un buen recibimiento. ¿Qué dirá mi madre, que por celos prohíbe á su marido que le vean sus parroquianos, sobre todo si son del bello sexo? ¿Y estaba á mi lado, y le ha visto pasar y no le ha detenido? La miré como asombrada y se dignó salir de su mutismo habitual, dejando oír estas palabras:

—He autorizado á tu padre para que en esta ocasión haga lo que hace; se trata de viajeros de alto copete.

Y al mismo tiempo me dió un telegrama de

que no habían creído conveniente darme conocimiento. Estaba concebido en estos términos.

*Castillo de los Grandes bosques, cerca de Caen.*

*El Sr. de Vitel y su señora llegarán á Trouville á las cinco; que el propietario del hotel de las Rocas Negras les reserve todo el departamento del ala derecha en el primer piso. Aceptan el precio.*

Desvanecidos con estas palabras, mi padre y mi madre no me han creído digna de hacer los honores de su casa á tales huéspedes.

Percibí vagamente á la señora Vitel, que oía al señor Lelievre con aire distraído, mientras se apoyaba para bajar del carruaje en dos lacayos de elevada estatura que ocupaban el pescante, y se pusieron á la portezuela del coche aun antes de pararse. No podía distinguir sus facciones. Desde lejos no me pareció fea. Su talle, que un abrigo de viaje muy flotante permitió descubrir, es flexible, delgado, ondulante. Precedida de mi padre, subió la escalera y entró en el vestíbulo. Nocé y Beringhen, á quienes la casualidad colocó á su paso, se quitaron el sombrero y saludaron con poca finura, á mi parecer, para una mujer que se pre-

sentaba de tan fastuosa manera. Sin embargo, se muestra satisfecha de esa deferencia á medias, porque dirigió á dichos señores una graciosa sonrisa. El señor Vitel, que seguía á su mujer á pocos pasos de distancia, pasó á su vez por delante de Nocé y Beringhen. Y devolviéndoles el saludo hecho por ellos á su señora, se quitó el sombrero hasta los pies. Pero ellos aparentaron no apercibirse y continuaron conversando.

Ahora la veo bien. No me había engañado. Es admirablemente hermosa. Mi madre es, sin duda, del mismo parecer que yo. Cuando mi padre llegó á estar al alcance suyo, le cogió de un brazo y le dijo:

—¡Basta ya! Carmen te reemplazará.

Gracias á esos celos maternos, iba á tener el placer de trabar inmediatamente conocimiento con mis nuevos huéspedes; era lo que deseaba, y al instante fui tras de ellos. Alcancé á la señora Vitel en el descansillo del primer piso, en el momento mismo en que, no sabiendo dónde dirigirse, buscaban á mi padre con la vista. Pero me vió, y tomándome, sin duda, por una criada, me dijo:

—Es muy extraño que de este modo me dejen sola. ¿Dónde está el dueño del hotel?

Yo me apresuré á contestar:

—Me ha encargado, señora, os diga le dispenséis, y que me deis á mí vuestras órdenes. Soy su hija y la encargada de la casa.

Me miró, ó más bien me midió de arriba abajo con la vista: mi estatura baja y mi aspecto raquíptico, la hicieron extrañar que una casa de tanta importancia tuviese tal gerente. Acaso también me comparaba con el aire majestuoso del señor Lelievre, sus maneras desenvueltas, y dudaba que fuese yo un vástago de tal personaje. Sin embargo, algo mío la agradó: mi fealdad, sin duda, que hacía resaltar más su belleza. La sonrisa desdeñosa que había yo notado en sus labios, desapareció; su mirada se hizo más dulce, y me dijo de la manera más afable del mundo:

—Pues bien, señora...

—Señorita, dije interrumpiéndola con mi aplomo habitual.

—Dispensadme: pues bien, señorita, puesto que reemplazáis á vuestro padre, ¿me queréis decir cuáles son las habitaciones reservadas para nosotros?

—Si os dignáis seguirme, señora—reliqué—voy á tener el honor de llevaros á ellas.

Di unos cuantos pasos por el corredor del hotel, y abriendo una puerta de dos hojas me hice atrás para dejar paso á la señora Vitel.

Iba siempre seguida de su marido, con quien no cambiaba ni una palabra, de una doncella muy elegante y de un lacayo, que llevaba un gran neceser de viaje de piel de Rusia.

Estábamos en la pieza principal de las habitaciones.

—¿Es éste el salón?—preguntó la señora Vitel.

—Sí, señora.

—¿Da sobre el mar?

—Por todos lados. Estas dos ventanas están frente á él, y estas otras dan á la gran rada del Havre y á la entrada del Sena—contesté á la señora Vitel.

—En efecto—dijo levantando una cortina,—tiene magníficas vistas.

—¡Hermosas vistas!—dijo el señor Vitel como un eco.

Era la primera vez que hablaba. Asombrada le miré con el rabillo del ojo. Era un hombre joven aún, de mediana estatura. Tiene aire distinguido, como casi todos los hombres un poco delgados, el pie pequeño, la mano fina, el traje de elegante corte. Sus facciones son regulares. Podía pasar por un buen mozo. Pero su mirada oblicua, sus labios delgados y descoloridos y su barbilla hundida le quitan mucho encanto y predisponen en contra su-

ya. Parecía embarazado, temeroso, molesto, especialmente junto á su mujer.

Después de haber echado una ojeada sobre el mar, la señora Vitel se volvió hacia mí, y recorriendo el salón con su mirada me preguntó:

—Qué, ¿os gusta mucho que los muebles tengan fundas?

—No—dije;—pero...

—Ya; ¿á vuestros padres sin duda es á quienes les gusta? Pues que me pongan en la cuenta cualquier accidente imprevisto que pudiera ocurrirles, porque yo detesto las fundas, y haréis al momento que quiten éstas.

—No lo olvidaré, señora.

—Estos candelabros y esta araña no están preparados. Que pongan bujías y que las renueven todos los días á los precios acostumbrados del hotel.

Como éste es una peseta cincuenta céntimos por una bujía que nos cuesta un real, me dí prisa á inclinarme en señal de asentimiento. Al mismo tiempo nuestra espléndida huésped, dirigiéndose á su criada, la decía:

—Victoria, te encargo mucho que hagas que este salón tenga facha de no estar deshabitado; colocarás con más gusto esos canapés y esas butacas alineadas de un modo bastante

*cursi* junto á las paredes. Esta mesa debe estar cubierta de libros, de periódicos y de álbums. Alquilarás un piano y le colocarás entre esas dos persianas. Quiero flores en todas partes. Si hacen falta vasijas para ellas las compras.

Y llegándose á mí, me preguntó:

—¿Dónde están las alcobas?

La conduje á una hermosa pieza que había detrás del salón y cuyas ventanas daban también al mar.

—¡Divinamente!—dijo.—Esta pieza es grande y bien ventilada. ¿Es buena la cama?

—Nadie se queja de ellas, señora. Si bien es cierto,—añadí sonriéndome,—que este departamento ha estado desocupado siempre.

—No lo dudo, es muy caro para muchas gentes. Victoria, que quiten las ropas de la cama, y pones las que traigo yo.

Abrí otra puerta, é invité á pasar á ella á la señora Vitel, diciendo:

—Este es el cuarto tocador.

—Muy bien. Dispón lo más necesario—dijo á su doncella—que me voy á vestir dentro de un instante.

Y al mismo tiempo se posesionó de una *chaise longue* que estaba colocada delante de la ventana que daba al mar.

Mi atención se fijó de nuevo en el señor Vitel, que decía:

—Y yo, ¿dónde me acuesto?

—¡Ah, es verdad! pues no había pensado en ello—dijo su mujer. ¿No hay otra alcoba?—añadió, volviéndose hacia mí perezosamente.

—Hay un gabinete con una cama en el extremo opuesto del salón, contesté.

—¿Un gabinete? muy bien. Pues ves á verlé, y si te parece bien te instalas ya en él.

Me disponía á seguir al marido, que se dirigía hacia su gabinete para hacerle los honores de la casa, pero la señora Vitel me detuvo diciendo:

—Quedáos aquí, tengo que daros algunas instrucciones.

## XVIII

Permanecí en el mismo sitio en que me hallaba cuando oí tales palabras; y en pié y con la espalda apoyada en el muro, esperé.

La doncella había abierto el neceser de aseo y colocaba sobre la mesa preciosos objetos de concha clara, adornados con cifras gra-

badas en turquesas, así como una jofaina y frascos de plata maciza, preciosamente cincelados.

—Señorita—me dijo la señora Vitel, después de haber seguido unos instantes con la vista el vapor que pasaba al pié de la ventana,—yo almorzaré y comeré todos los días en mis habitaciones. ¿Tenéis algún comedor particular de que pueda yo disponer?

—Sí señora, reservamos uno.

—El almuerzo será para cuatro personas y la comida para diez.

—¿Tendrá convidados la señora?—pregunté tontamente.

—¡Claro es!—replicó.—Pero eso poco importa; yo no pagaré por persona, sino por cubiertos: diez francos cada uno para el almuerzo y veinte para la comida, sin contar los vinos. La servidumbre comerá aparte, al precio que pongáis.

Y mientras hablaba, sacó de su bolsillo un precioso portamonedas de concha, igual á los objetos de tocador de que hablé, pero incrustado de perlas finas, y después de abrirle, cogió tres billetes de á mil francos y me los entregó, diciéndome:

—Aquí tenéis para los primeros gastos que se hagan.

—Señora—contesté,—no puedo aceptar...

—Sí, sí, tomadlos, es bueno—añadió de un modo irónico—inspirar confianza.

Quise aún defenderme; pero á la fuerza me puso los billetes en la mano é interrumpió mi comenzada frase diciendo:

—¿Qué personas hay en el hotel ahora?

Cité diferentes celebridades. Ya conocía por sus nombres á los huéspedes del hotel, y si continuaba poniéndoles motes era para mí y para mi libro de memorias tan sólo. Devolví á las señoras de Parabère, de Sabran, etc., sus verdaderos apellidos y las designé una por una. Parecía que todas eran amigas íntimas de la señora Vitel.

—¡Ah, ah!—decía,—la condesa está aquí. No lo hubiese creído: el señor X... salió de París hace ocho días. Y la señora L... también: por *La Gazette des Etrangères* lo sabía. ¡La princesa haberse refugiado en Trouville! Yo la creía en el Mediodía, donde tantos conocimientos tiene. ¿Y no hay nadie más, señorita?

La nombré otras dos mujeres más, la señora de Roizel y la marquesa de Tourves. Me pareció verla palidecer ligeramente, pero fue indudable que no estaba conmovida, cuando me dijo:

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
1447 1625 MONTERREY, MEXICO

—¡Ah, esas señoras están aquí! ¿Hace mucho tiempo?

—Quince días ó tres semanas.

—¿Y se marcharán pronto?

—No hablan nada aún sobre eso.

—¿Y es en las Rocas Negras donde viven? Vos no citáis los nombres de las bañistas que hay en Trouville, sino los de las que viven en este hotel, ¿no es así?

—Sí señora.

—Gracias.

Guardó silencio un rato.

Victoria se había retirado después de poner en orden sobre la mesa todos los objetos de tocador. Borlas, peines, cajas, frascos, diversos objetos de plata y utensilios de todas clases, verdaderos objetos de arte y alhajas de valor, iluminados en aquel momento por los rayos del sol poniente, cambiaron el aspecto de aquel cuarto, dándole nuevo carácter.

El señor Vitel entró entonces para entregar á su mujer un cofrecito que se había quedado olvidado en el carruaje, y la señora Vitel siguió dirigiéndome la palabra.

—Me habéis hablado largamente de las señoras que viven en el hotel, pero de hombres no habéis dicho nada.

Di los nombres y apellidos de los que yo

llamaba Rigaud, marqués de Canillac, Saint-Simón, etc.; la señora Vitel parecía conocerlos y hacía signos de inteligencia siempre que pronunciaba alguno de sus nombres. Alentada por ella, cité á todo el mundo, sin olvidarme de Beringhen ni del conde de Nocé.

—Sí, sí, lo sé—dijo interrumpiéndome,—ya ví á esos señores en el vestíbulo y me saludaron.

—Y yo les devolví su saludo—dijo entonces el señor Vitel deteniéndose cuando ya se disponía á salir de allí.—No me han conocido sin duda, porque ni siquiera hicieron ademán de quitarse el sombrero.

—¡De veras!—replicó la señora Vitel mirando á su marido de un modo extraño.—Pues si esos señores son cortos de vista, ya sabéis lo que tenéis que hacer.

—¿Qué?

Apuntarlos en vuestra lista, ¿ya lo habéis olvidado?

—No tal, pero es ya tan larga...

—Eso no importa. Añadís hojas suplementarias.

—Tenéis razón, me dais una buena idea.

Y salió, quedándome yo sola con la nueva huésped del hotel.

— Si al lo sé— dijo interrumpiéndome—  
 de Berrington in del corde de Noce  
 por ella cité á todo mundo sin olvidarme  
 pronunciaida alguno de sus nombres. Alentada  
 y hacin signos de inteligencia siempre por  
 Shindon, etc. la señora Vitel parecia conocerlos  
 lamanda Rigaud, marquis de Canillac, Saint-

Debería haberme marchado detrás del señor Vitel. Su señora no me necesitaba.

Tendida sobre la *chaise longue* y recostada en unos almohadones su cabeza, con los brazos caídos, la pierna izquierda cruzada sobre la derecha, dejando ver un pie pequeño, divinamente calzado, guardaba silencio, y con la mirada fija, parecía estar sumida en graves pensamientos.

En pie yo, á tres pasos de ella, apoyada como siempre en el muro, pensaba también, pero al mismo tiempo la miraba. Reflexionaba sobre las últimas palabras que la oí decir: «Apuntadlos en la lista.» Me chocaban las extrañas relaciones que mediaban, sin duda, entre esta mujer y aquel marido, de los saludos que se hacían á ella, de las faltas de política y de educación que con el otro se cometían.

Miraba á aquella hermosa criatura que parecía tener verdadero placer en poner ante

mis ojos su belleza para desvanecerme. De todas las preciosas mujeres que el hotel albergaba en su seno y de las que he hecho, si no el retrato, su perfil, era sin contradicción alguna la más seductora, la más acabada. Sus facciones me parecían de una corrección clásica, y, merced á estar en aquella postura, en cierto modo debida al aplastamiento de su ropa, que se pegaba á su cuerpo y la dibujaba claramente, no podía yo dudar de la perfección de sus formas.

Cuando mis miradas se fijaban tan sólo sobre su semblante, algo, de que no podía darme cuenta, me extrañaba, me chocaba, hería alguna de mis ideas artísticas. No encontraba nada que reprochar en los detalles, y sin embargo, al conjunto se me figuraba que le faltaba armonía. Viéndome obligada á hacer esas reservas y á notar ese punto negro en aquel horizonte azul, me veía al propio tiempo impelida á confesar que ese desacuerdo prestaba á su fisonomía una originalidad extraordinaria, un encanto extraño. Era un atractivo más aquella imperfección, una penetrante seducción esa falta.

Entregada á mi contemplación, no me había apercibido de que la mirada de la señora Vitel no se perdía en el espacio y la tenía

fija en mí. Me estudiaba sin duda también; pero no tenía nada que admirar. Bien pronto rompió el silencio.

—¿En qué pensáis?—me preguntó.

—En nada, señora—respondí;—esperaba vuestras órdenes.

—Desde hace un cuarto de hora guardáis silencio, sin hacer ninguna reflexión. ¡Ah, me parece que tenéis demasiado talento para eso! ¿Es acaso que ese espléndido sol poniente había hecho reconcentrar vuestra alma en algún éxtasis?

—No prestaba atención ninguna al sol poniente.

—¡De veras! ¿Teníais los ojos abiertos y no mirabais nada?

Había adivinado mi pensamiento, y quería hacerme hablar.

Respondí atrevidamente:

—Os miraba á vos, señora.

—¡Ah!... Y qué, puesto que el examen ha sido largo y completo, ¿cómo me encontráis?

—Extraordinariamente hermosa.

—Ese elogio, por salir de boca de mujer, me causa gran placer. ¿No tenéis celos ni envidia de la belleza ajena, como otras mujeres?

—¡Oh, sí!—repliqué con viveza.—La envidia se va desarrollando en mí de día en día

de un modo notable; estoy asustada de su progreso; pero no me hace injusta ni ciega. Sé admirar lo que odio.

—¿Me odiáis ya?

—No. Hasta creo que no os odiaré nunca.

—¿Por qué hacéis esa excepción en favor mío?

—Me parece que existen entre nosotras algunos puntos de contacto; debemos haber nacido para comprendernos.

—¡Eso sí que es extrañol! Los mismos pensamientos se me han ocurrido á mí... Yo creo que tenéis un carácter decidido, original, digno de ser estudiado.

—Es posible, yo no me parezco á nadie... felizmente,—añadí, mirándome á un espejo.

Apercibió mi movimiento y me dijo:

—¿Os creéis fea?

—Tanto como hermosa sois vos.

—¿Pero soy yo tan guapa como decís?

—Ya lo creo.

—¿Y podríais tomaros el trabajo por complacerme en detallar esa creencia vuestra?

—De muy buen grado, señora. En silencio ya os tenía detallada desde que habéis llegado aquí.

—Ea, pues, os escucho. ¿Por dónde queréis empezar?

—Por ese pie, que ha llamado mi atención desde luego.

—Hablad de él, os le entrego.

—Es pequeño, estrecho, arqueado. Sus ligamentos son finos; tiene expresión.

—¡Expresión... un pie!

—Sin duda ninguna. Hay pies tontos y pies con talento. El vuestro, señora, puede ser contado en el número de estos últimos. Le seguía con los ojos hace unos cuantos minutos y me daba á conocer infinidad de cosas.

—¿Cuáles son?

—Que sois impaciente, nerviosa; á pesar de vuestro aire soñoliento, vuestra alma es de las más agitadas.

—Mi pie es un indiscreto, un fanfarrón, un traidor. En adelante le ocultaré bien.

—Haríais muy mal.

—Me aduláis.

—No lo creáis. Desconozco la adulación, ¡se han empleado tan pocas en mi favor! ¿Queréis, señora, que del pie subamos un poco más arriba?

—¡A la pierna! Sea, pero no me la habéis visto.

—La adivino. Es fina en su principio, gruesa hacia el medio y adelgaza en la corva. Un bello imperceptible la cubre casi por entero.

Es perezosa y activa al mismo tiempo. La gusta la ociosidad, pero es activa é infatigable si el objeto á que se propone llegar adula sus gustos ó pone en juego sus intereses.

—Todo eso es verdad. Decididamente estáis fuerte en hacer apreciaciones.

—Todavía no. Pero espero serlo algún día, si vos me ayudáis.

—¿Creéis que yo puedo algo?

—Mucho.

—¡Entonces os ayudaré! Me sois muy simpática.

—También vos á mí, á pesar de vuestra belleza, ó tal vez por causa de ella.

—Continuemos hablando de ella si os place. Habíamos llegado á la pierna: demos un salto.

—Os lo iba á proponer.

—Sentáos, hacedme ese favor.

Tomé asiento, y después de haber examinado á la señora Vitel un instante, la dije:

—El busto me parece perfecto en todas sus partes. El talle es esbelto, flexible, aunque algo grueso, pero está bien plantado sobre unas caderas fuertemente arqueadas y llenas. El pecho, á pesar de su amplitud, es de formas esculturales, en lo poco que acerca de él puedo juzgar por la posición horizontal en que os halláis.

—Juzgadle en posición vertical—replicó la señora Vitel.

Y en vez de continuar echada como estaba, se sentó en la *chaise longue*. El cuerpo de su vestido no hacía ni un solo pliegue, ninguna de las formas esferoidales de aquel pecho magnífico se hundió ni se desarregló.

—Está juzgado—dije—y me mantengo en mi primera impresión.

—¿Seréis artista, pintora ó escultora tal vez?

—Ni lo uno ni lo otro. Me gusta lo bello y lo he estudiado bajo todas sus fases y en todos sus diversos aspectos; del natural, como ahora mismo lo estoy haciendo, en alta mar y en medio del campo, ó en el Louvre, el año pasado durante mi permanencia en París.

—Vuestra familia ¿os permitía ir al Louvre?

—Nunca me ha prohibido nada. Valgo muy poco, y me he educado sola.

Y añadí poco después:

—Queréis, señora, que examinemos á la ligera vuestros hombros y vuestra espalda, tan hermosos como el pecho. La seda que los cubre no es bastante á ocultarme sus contornos.

—Pasemos ligeramente á... ¿qué?

—A la cara.

—¡Ah, ah! Eso es más grave. Veamos si sois buena fisonomista.

—La he examinado y la tengo estudiada por completo. Sus rasgos no dejan nada que desear, la nariz es de un modelado perfecto, la boca graciosa y espiritual; los dientes blancos y bien colocados, las mejillas redondas y según las reglas del arte; la frente es elevada, ni muy arqueada ni muy plana; los ojos, grandes y rasgados, tienen un encanto indefinible; los cabellos abundantes, de color rubio, que tanto gustaba á la escuela veneciana; Giorgione os hubiese pedido permiso, si viviese ahora, para tomar el matiz del vuestro y fijarlo sobre el lienzo, pues parece que ellos inspiraron á Pedro Bembo aquella preciosa frase: «son cabellos deshilados por el sol.»

—Es magnífico. No os basta alabarme: un cardenal-poeta firma vuestros elogios. Y... ese cuadro ¿no tiene ningún defecto?

—Os pido mil perdones; sería malo si no los tuviese.

—¿Y cuál es el mío?

—No puedo definirlo. Y le busco en vano desde hace una hora. Todas vuestras facciones son regulares, y por decirlo así, clásicas: ¿de qué proviene que el conjunto sea extraño?

—¿De veras no habéis adivinado la razón de esa extrañeza?

—No, y no la encuentro.

—¿Cuál es el color mío?

—Es mate, color de ámbar, si queréis.

—¿Y mis ojos, podréis precisar su color?

—Perfectamente; gris oscuro, casi negros.

—Pues bien, ¿no tengo el color y los ojos de una morena? Para acompañarlos, ¿no debería tener cabellos negros?

—Ordinariamente así sucede.

—Son rubios y de los más rubios. Ese es todo el misterio.

—No lo admito—repliqué.—La Naturaleza no hace cosas tan raras. Al daros cabellos rubios es porque armonicen con el conjunto, y seguramente es así.

—Tenéis una opinión muy alta de la Naturaleza.

—Ya lo creo, siempre he vivido con ella; es mi amiga íntima.

—Pero se hace lo que se quiere de ella; se amolda a nuestros caprichos.

—¿Qué queréis decir?

Me miró entonces, y contestó:

—Yo era morena y me he convertido en rubia.

—¿Conque esos magníficos cabellos no os pertenecen?

Notó mi tono apesadumbrado y me dijo con dulzura:

—Estad tranquila, son míos. No tengo posición ni la más mínima trenza.

—¡Ah! ¿Os los teñís?

—Sí, me los tiño, por decirlo mejor; y de cuando en cuando, recuerdo á los que salen nuevos el sentimiento de su deber. No es difícil; trátase tan sólo de tener al dedillo *l'arte biondeggiante*, ó si lo preferís, el arte de hacerse rubia, según los preceptos italianos, y sobre todo, venecianos. Es preciso que sepáis que en la Edad Media, en las principales ciudades de Italia, á las morenas les gustaba deshular el sol, según vuestra expresión. Yo no he hecho más que seguir el ejemplo de mis compatriotas y de mis antepasadas.

—¿Habéis nacido en Italia, señora?

—En Venecia, la reina del Adriático, como la llaman todavía los poetas. En esa ciudad fué donde, cuando tenía quince años (hace ya diez de ello) tomé la resolución un día de pasar de morena á rubia. Os confío este secreto, no abuseis de él, aunque es conocido en todo París, que si así no fuese, me hubiese mostrando más reservada con vos, por si acaso. Cuando queráis presenciar mi *toilette*, os daré las recetas que tengo; son muy buenas.

Esta conversación se vió interrumpida repentinamente. La doncella de la señora Vitel

vino á decirme que mi padre preguntaba por mí, y tuve que marcharme á cumplir con mis deberes, algo descuidados durante una hora.

## XX

Cuando me reuní con mi familia, la encontré sumida en el mayor dolor. El señor Lelievre, al verme, levantó su cabeza, que tenía inclinada hacia el suelo, y exclamó:

—¿Dónde estabas? Te he buscado por todas partes.

—En el cuarto de nuestros nuevos huéspedes, de la señora Vitel: estaba recibiendo sus órdenes.

—¿Te ha dado muchas?

—Sí, muchas.

—¡Ay!—dijo mi padre con desesperación—no las podremos ejecutar. Es preciso que salga de aquí esta tarde mismo.

—¿Por qué?

—Porque si no semarcha ella, se irán todos los huéspedes. Acaban de indicármelo.

Vuelta de mi sorpresa, me apresuré á pre-

guntar á mi padre la causa de que exigiesen la marcha de la señora de Vitel.

—No lo exigen—me contestó,—pero muchos clientes nuestros han dado orden de que se les preparen sus cuentas; he tomado informes de los criados, y he sabido que la señora Vitel es la causa de esa deserción.

—¿Pues qué la reprochan?

—Nada, absolutamente nada. No hay ni una sola persona que la atribuya ninguna mala acción. Únicamente dicen, que no quieren estar bajo el mismo techo que ella, ni más ni menos.

—¿Y estáis decidido á despedirla?

—Sin duda; ¿piensas tomarla tú bajo tu protección? ¿Sería conveniente que tú tuvieses miramientos con una mujer que está pregonada por la sociedad?

—Pero, por Dios, padre; vos mismo habéis sido quien me ha dado el ejemplo de esos miramientos con esa mujer. Muchas grandes señoras y altos personajes se han apeado en las Rocas Negras de un mes acá, y sin dignaros salir de vuestro despacho, me habéis hecho á mí que los reciba. Pero hoy habéis corrido presuroso al encuentro de la señora Vitel, la habéis acompañado con el sombrero en la mano, la habéis colmado de honores, y si no hu-

biese sido por mi madre, aún estaríais junto á ella.

Mi padre se mordió los labios.

—¿Y queréis decirme cuántos bañistas han pedido su cuenta?

—Cinco.

—Pues entre ciento veinte que hay ahora, no son muchos.

—¡Pero y los demás, desgraciada, que quieren imitarlos!

—Veremos si lo hacen ó no. Esas cinco personas no tienen acaso grandes deseos de marcharse; pero quieren intimidaros y hacerlos que pongáis en la calle á la señora Vitel. No hagáis caso y lo veréis.

—¿Y si te equivocas... y se marchan y les siguen diez huéspedes más?

—Pues aun así... os tiene cuenta conservar á los señores de Vitel.

—¡Que me tiene cuenta! ¡Estás loca!

—No señor, y os lo voy á probar. ¿Cuánto hace de gasto cada una de esas personas, diariamente?

—Treinta francos.

—¿Y son cinco, según decís? Total ciento cincuenta francos. Pongamos doscientos para que sea cifra redonda. Ya veis si soy generosa. Pues bien, los señores de Vitel gasta-

rán ellos solos de seiscientos á setecientos francos lo menos.

—¿Cómo sacas esa cuenta?

Recordé desde luego á mi padre el despacho en que los nuevos huéspedes se comprometían á no regatear el precio del departamento que para ellos pedían. El señor Lelievre podía aprovechar esa circunstancia para aumentar las cifras en proporciones increíbles. Le di cuenta en seguida de las intenciones de tener la mesa abierta, á veinte francos por persona, sin contar los vinos. Según mis cálculos representaba ella y su marido y sus numerosos domésticos más de quince parroquianos ordinarios.

Después de haber deslumbrado á mi padre, bajo el punto de vista de sus intereses, le herí su amor propio.

—¿Es posible que un talento tan despejado como el vuestro no haya comprendido al momento la situación? Qué, ¿á pesar de vuestro tacto, de vuestro buen sentido habitual, no habéis adivinado que vuestros enemigos se burlan de vos? El capitán del *Relámpago*, el farmacéutico de la calle de los Baños, los propietarios de los demás hoteles, rivales vuestros, se han dicho: «Las Rocas Negras tienen una clientela de primer orden, inmensamente rica, gasta-

dora, pródiga, es preciso quitársela á nuestro enemigo Lelievre; porque si no se haría rico.» Han atacado la reputación de esa mujer y organizado en contra de ella, dentro de vuestra casa, una especie de revolución. Pero no, padre, os conozco, y estoy tranquila: vuestra alma es de elevados sentimientos, el amor á la justicia está profundamente arraigado en vuestro corazón, para que vayáis á obedecer á las amenazas de la muchedumbre y haceros cómplice de una infamia. ¡Vuestros intereses sufrirían con ello, no despediréis de ese modo á una mujer que se acoge á vuestro hogar! ¡Nuestros enemigos os han tomado por un fondista vulgar, tan sólo accesible á cuestiones de dinero; pero sabrán que sois un hombre, lo que se dice todo un hombre, justo, íntegro, pronto á sacrificar su fortuna, su vida, la de mi madre, la mía, cuando se trata de cuestiones de honra!

Hubiese podido continuar este discurso, y si lo dividí en tres puntos, hubiese resultado una buena peroración. Ni mi padre ni mi madre me hubiesen interrumpido. Me escuchaban con recogimiento, y cuando por discreción cesé de hablar, el señor Lelievre me cogió en sus brazos, exclamando: «Has estado soberbia, hija mía.» Lo cual podía traducirse de este

modo: «Acabas de adular hábilmente mi vanidad.»

La causa estaba ganada por mí.

Sin embargo, creí conveniente dar el golpe de gracia. Entregué al señor Lelievre los tres mil francos anticipados que la señora Vitel, previendo, como mujer, lo que ocurriría, me había dado para mi padre. ¡Ah! qué bien conocía esa mujer á ciertos comerciantes. Cuando guardan billetes de Banco no hay consideración de ninguna especie que les haga devolverlos. Si se muestran inquietos acerca de la solvencia de algunos clientes, á quienes no conocen, son en cambio excesivamente indulgentes con los que les dan toda clase de seguridades, pagando adelantadas sus cuentas. Apenas apuntó el señor Lelievre aquellos tres mil francos en su libro de caja, se hizo protector de los señores de Vitel. Ya podían todos los huéspedes del hotel sublevarse contra ellos, segura estaba yo de que permanecería insensible á sus quejas.

Me retiré á mi despacho, para felicitarme de mi victoria y saborear mi triunfo.

¿De qué provenía aquella alegría? ¿Qué me importaba, después de todo, la estancia de la señora Vitel en las Rocas Negras? No conocía á aquella señora, no me había hecho

ningún servicio, y me era simpática hasta el punto de defenderla con tanta elocuencia. ¿Había yo tratado de protegerla, de serle agradable, por amor al bien tan sólo? No, si tenía amor á lo bello, no había sentido hasta entonces lo que se llama amor al bien.

Las diversas personas de que tan largamente he hablado, y que llamaba Sabran Pompadour, Tencín y Averno, me inspiraban una mortal envidia. La recién venida era evidentemente superior á ellas, por su belleza, por su lujo, por su fortuna.

¿Por qué, en vez de detestarla como á las otras ó más aún, me siento arrastrada hacia ella? ¡Ah! Es que, lo veo bien claro, participa del mismo odio que yo. Tiene envidia también á esas mujeres.

¿Pero qué la envidia? Su posición en el mundo, la consideración de que gozan, su virtud, que yo he tenido ocasión de conocer y comprobar. No he podido descubrir en éstas ningún defecto, y me son odiosas. En la otra, por el contrario, adivino un vicio que la hace empequeñecer, la aproxima á mí, la rebaja al nivel mío y por esto me es simpática.

¿Qué vicio es ese que la redime? ¿Cuál esa tacha, ese defecto? Antes de una hora tendré ideas sobre ese particular.

## XXI

¿A quién me dirigiré para saber algo? ¿A algún doméstico ó á algún subalterno?

Nunca.

Desde hace seis semanas, hay ciertas relaciones establecidas entre los huéspedes del hotel y yo. Nocé, Rigaud, Beringhen, han recurrido á mí diferentes veces. Me saludan cuando pasan por el vestíbulo, y en muchas ocasiones se detienen para hablar conmigo, preguntarme noticias sobre alguna persona que llega, ó para pedirme mi parecer sobre cualquier paseo de las cercanías. Puedo, á mi vez, interrogarles discretamente acerca de los señores de Vitel y rogarles que me digan la causa de la desgracia que parece perseguir á mis nuevos huéspedes.

Son las ocho. Esos señores acaban de levantarse de la mesa y pueden perder algunos momentos antes de hacer visitas ó marcharse al Casino. Han encendido sus cigarros y conversan en el vestíbulo. Si tuviese alguno la